

## PUBLICACIONES CERVANTINAS DE AUTORÍA FEMENINA (1905-1916)

MARÍA LUISA MARTÍN MURILLO y MARÍA JESÚS FRAGA

Universidad Complutense de Madrid

---

La aportación de la mujer al ensayo cervantino de principios del siglo XX apenas ha merecido atención. En este trabajo se analizan las diferentes perspectivas desde las que las mujeres intelectuales enfocan tanto la obra de Cervantes como a su autor, al hilo de los centenarios cervantinos (1905-1916). La crítica literaria estricta convive con la recreación de los personajes principales del *Quijote* en los ensayos de María Lejárraga, Matilde Ras, Concha Espina y Carmen de Burgos. Varias de las autoras estudiadas incluyen en sus textos sus preocupaciones sociales, como el feminismo, y dejan su opinión sobre los conflictos políticos y doctrinales que marcaron el fin de siglo.

PALABRAS CLAVE: Mujer, Cervantes, *Quijote*, Carmen de Burgos, María Carbonell, Concha Espina, Carmen García de Castro, María Lejárraga, Emilia Pardo Bazán, Matilde Ras, Blanca de los Ríos.

### **Cervantine Criticism by Women Authors (1905-1916)**

Women's participation in Cervantine criticism at the beginning of the twentieth century (1905-1906) has barely received recognition. This paper analyses the different perspectives women authors used to approach both Cervantes and his work. Strict literary criticism coexists with the exploration of *Don Quixote's* main characters in the philosophical and literary essays of María Lejárraga, Matilde Ras, Concha Espina and Carmen de Burgos. The authors studied include in their texts their social concerns and feminist ideology and give their opinion about key political and intellectual debates affecting society at the beginning of the twentieth century.

KEY WORDS: Women, Cervantes, *Don Quixote*, Carmen de Burgos, María Carbonell, Concha Espina, Carmen García de Castro, María Lejárraga, Emilia Pardo Bazán, Matilde Ras, Blanca de los Ríos.

---

De los numerosos ensayos cervantinos publicados en el período delimitado entre las celebraciones del tercer centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote* (1905) y el del fallecimiento de su autor (1916), apenas se ha prestado

atención a los de autoría femenina.<sup>1</sup> Y es que, hasta los primeros años del pasado siglo, pocas mujeres habían abordado esa tarea. Entre ellas destaca Emilia Pardo Bazán, la voz femenina de mayor prestigio de las letras españolas y lectora precoz del *Quijote*, que había dejado constancia de sus reflexiones sobre la obra cervantina y la influencia sobre la suya propia en *La cuestión palpitante* (1883). Igualmente, Blanca de los Ríos, estudiosa de Tirso de Molina, había realizado una extensa y erudita investigación (1897-1898) donde atribuía al dramaturgo madrileño la autoría del *Quijote* de Avellaneda.<sup>2</sup>

La contribución de la mujer a la producción ensayística del primer tercio del siglo XX fue aumentando a medida que lo hacía su competencia para expresar opinión. En este sentido, su acceso a la formación intelectual fue decisivo al depararle tanto el conocimiento como la necesaria seguridad en sus apreciaciones. El estatus sociocultural, los estudios —la mayoría de las mujeres contempladas en este trabajo se formaron como maestras, uno de los pocos títulos académicos que estaban por entonces al alcance de la mujer— y las redes de amistad y colaboración que se establecieron entre las autoras favoreció su actividad creativa. Igualmente, estas escritoras solían frecuentar determinados espacios culturales, como el Centro Ibero-Americano de Cultura Popular Femenina y el Ateneo de Madrid, del que fueron activas socias y conferenciantes Pardo Bazán, de los Ríos, Carmen de Burgos y María Lejárraga.

En este trabajo nos proponemos rescatar y analizar diferentes textos y perspectivas desde los que las mujeres intelectuales más relevantes enfocaron tanto la obra de Cervantes como la personalidad de su autor, al hilo de tales conmemoraciones.

## **1905: Aniversario de la publicación de la primera parte del *Quijote***

En las numerosas reseñas de las celebraciones del tercer centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*, la presencia de la mujer es puramente anecdótica.<sup>3</sup> En mayo de 1905, frente a la avalancha de conferencias pronunciadas por ciudadanos varones —por ejemplo, Navarro Ledesma, Men-

---

<sup>1</sup> De esta afirmación debemos exceptuar el trabajo de Navas Ocaña (2006) y los de Johnson (2003) y Ciallella (2007). La primera se ocupa de alguno de los ensayos aquí analizados y las dos últimas analizan en detalle *La tristeza del Quijote* de María Lejárraga. Johnson también examina *Las mujeres del Quijote* de Concha Espina.

<sup>2</sup> Blanca de los Ríos no fue la única defensora de la autoría de Tirso de Molina: Palau y Marsá (1902) en su época y más recientemente, Vázquez Fernández (2001) y Madrigal (2009) han continuado apoyando esa teoría.

<sup>3</sup> Véanse, por ejemplo, las crónicas de Sawa & Becerra (1905), las conferencias pronunciadas en el Ateneo de Madrid (Bonilla *et al.*, 1905) y los estudios modernos de Storm (1998) y Flores Arroyuelo (2006).

éndez Pelayo, Ramón y Cajal, Menéndez Pidal— en las más importantes instituciones culturales del país (ateneos, academias, universidades) y a la profusión de ensayos publicados en diarios, revistas o libros —como los de Unamuno y Azorín—, llama la atención la invisibilidad casi total de la mujer. Mejor dicho, la presencia de la mujer está consignada en diversos actos pero casi siempre sin voz: reina de certámenes literarios, participante en batallas de flores o anfitriona de sus invitados en las grandes fiestas particulares, como la que se celebró en el palacete del marqués de Cerralbo, donde “las muchachas iban a hacer una visita al busto de Cervantes, y luego a bailar” (Sawa & Becerra, 1905: 117). También se registra su participación como rapsoda de poemas ajenos —e incluso propios— y su voluntad de colaborar confeccionando los lazos que luego portarán los desfilantes en las procesiones cívicas.

Ante la conmemoración de dicho centenario, Pardo Bazán se muestra escéptica en cuanto a su efectividad, sobre todo al considerar su precipitada planificación. Y se lamenta de la premura con que ha sido invitada a participar en la velada convocada por la Unión Ibero-Americana:<sup>4</sup>

de que tuve noticia con dos días de anticipación [...]. Puédesse repentizar un brindis en animado banquete, puédesse lucir con cuatro palabras al aire en cualquier circunstancia eventual, sin preparación alguna; pero cuando nos cubre el techo del Paraninfo de la Universidad Central, y se trata de Cervantes, de la magna tradición clásica nacional, identificada con el espíritu de la patria, es desconsolador no disponer sino de horas, no poder abrir un libro, no poder repasar la materia, no recogerse. (Pardo Bazán, 1905a: 330)

Apenas se conserva memoria de su corta e irónica nota recogida en el folleto titulado “Cervantes, periodista a la moderna” (1905b). En ella, doña Emilia, a la vista de los análisis supuestamente objetivos de las aptitudes de Cervantes (médico, geógrafo, cocinero) que proliferaron a principios de siglo, reclamaba la de periodista para el autor basándose en la descripción —“que huele a autobiografía”— (Pardo Bazán, 1905b) del peregrino del libro cuarto de *Persiles y Segismunda*. Este personaje, equipado con cartapacio y escribanía pedía a las personas que por su aspecto juzgaba ilustradas le escribieran y firmaran aforismos que luego agrupaba y vendía en forma de libro: “¿En qué se diferencia aquí Cervantes de los jóvenes reporteros a quienes el director ha encargado de ‘sacar’ algunas líneas a don Fulano o a don Zutano?”. A pesar de su escepticismo, Doña Emilia que, como no tenía inconveniente en confesar, gustaba de la vida de

---

<sup>4</sup> Emilia Pardo Bazán defendía un cervantismo riguroso, alejado de los sentimentalismos y de la simbología histórico-nacionalista imperante en la celebración del III Centenario (Chaparro, 2011).

sociedad, acudiría —vestida “con un elegante traje de color heliotropo”— a la fiesta privada del marqués de Cerralbo (Sawa & Becerra, 1905: 117).

La escritora y periodista Carmen de Burgos participa precisamente en el citado acto de la Unión Ibero-Americana con un discurso, “La resurrección de don Quijote” (1905), donde retoma la parábola de la resurrección del caballero planteada por Francisco Navarro Ledesma pocos días antes y la lleva al campo feminista. En efecto, ningún colectivo desea tanto la vuelta del “buen caballero, galante y respetuoso, hidalgo defensor de doncellas y viudas, desfacedor de entuertos y paladín de la justicia”, como el de las mujeres: “¿Cómo no soñar con la resurrección bendita del caballero de la Mancha en un país donde la mujer no puede salir sola a la calle sin exponerse a impertinencias y groserías, donde se lucha con ella para arrebatarla un sitio o un asiento, donde las leyes no la protegen ni la sociedad la educa como debiera?”

En las Escuelas Normales de Magisterio, instituciones regidas mayoritariamente por mujeres, sus directoras o profesoras pronunciaron discursos sin que apenas haya quedado constancia de su visión del *Quijote*. Una excepción la constituye la disertación de la maestra María Carbonell,<sup>5</sup> que participa del planteamiento heredado de la visión romántica del *Quijote* postulada por Hartzenbusch. Después de justificar la elección del tema de su discurso “Las mujeres en *El Quijote*” (1905), por el público a quien va dirigido y por la caballerosidad e hidalguía con que Cervantes retrata a las mujeres, analiza el comportamiento de Marcela, y la defensa —a través del discurso de la joven— del derecho de la mujer a elegir libremente su destino y concluye sabiamente: “las pobres Marcelas de nuestra época pagan frecuentemente con la vida sus esquiveces. Los crímenes pasionales, que tanto abundan en el presente, no suelen tener otro origen sino el deseo de lograr por la fuerza lo que de grado no se rinde” (1905:7). Y es que Cervantes, aparte de su talento e ingenio, vivió muy de cerca y compartió las debilidades humanas. Inmerso en la sociedad de su época, aprendió a conocer al hombre y a “dignificar a la mujer, creyéndola capaz de talentos y virtudes”. Por eso no duda en calificarlo de “feminista”.

En la Escuela Normal Central varias alumnas leyeron ensayos escritos por sus profesoras, como el de la maestra Concepción Sáiz Otero, “Libros de caballería” (1905). De mayor relieve es el texto *El Quijote en la escuela* (1905) de la maestra Carmen García de Castro premiado en el certamen convocado en Málaga por los centros docentes para analizar las enseñanzas literarias y pedagógicas del libro. Además de aconsejar su lectura para contrarrestar la de las nocivas novelitas que presentan “la vida bajo una fase sola, reducida a un punto de vista”, concluye que el *Quijote* es un tratado de literatura y filosofía: “una enci-

---

<sup>5</sup> María Carbonell (1852-1926) fue maestra, pedagoga y divulgadora de las ideas regeneracionistas. Las autoras Concepción Sáiz Otero (1851-1934), Carmen García de Castro (1886-1969) y María Baldó (1884-1964) fueron igualmente maestras, pedagogas y feministas.

clopea, donde el maestro halla la ocasión de transmitir a los discípulos una suma enorme de conocimientos” En las escuelas españolas debería implantarse la lectura obligatoria del *Quijote*, donde “tan clara y exactamente se pintan los defectos de nuestro pueblo”<sup>6</sup>.

Por último, en la Escuela de Institutrices de Barcelona, la señorita María Baldó pronunció su conferencia “Notas sobre las mujeres del *Quijote*” de la que no se tiene constancia que se haya publicado. Conscientes de que era una de las escasísimas contribuciones femeninas al centenario, los cronistas oficiales resaltaron con cierta condescendencia que “La conferencia de la señorita Baldó fue verdaderamente notable” (Sawa & Becerra, 1905: 369).

Pero sin duda, la reflexión más importante y personal, una mirada maternal y compasiva sobre el *Quijote* publicada en ese mismo año fue la de María Lejárraga, oculta tras la firma de su esposo, Gregorio Martínez Sierra, en un texto modernista e introspectivo, muy poco conocido, titulado *La tristeza del Quijote* (1905).

El ensayo comienza relatando el encuentro de “un rapaz de apenas nueve años”, ávido de lecturas, con el libro de Cervantes, que dormita en una vieja estantería. La lectura del *Quijote* emprendida por el niño es el pretexto para iniciar una serie de consideraciones entre las que sobresale la identificación del personaje de Cervantes con el niño-lector. El hermanamiento de la fantasía infantil y la locura de don Quijote justifica que el niño, al adentrarse en sus páginas, no se ría ni se entristezca: es que su alma recién nacida se ha fundido con el alma loca del hidalgo, de manera que para él “también es la venta castillo, y son furibundos gigantes los molinos de viento [...]” (1905: 12). A partir de ahora, el niño y don Quijote serán dos grandes amigos, unidos también por la cualidad de castellanos que ambos comparten al recibir los influjos del mismo sol —que en el cerebro del niño ha puesto su “ardorosa semilla de quimeras”— y de la misma luna —que le ha dado “alas de luna a su corazón” (1905: 12)—, sumándose así a los autores que veían a don Quijote como un símbolo de Castilla y, por extensión, de España entera.

Varios rasgos autobiográficos se esconden en este planteamiento. María en sus memorias, *Una mujer por caminos de España*, nos habla de su identificación cuando era niña con el caballero tras su primera lectura del *Quijote*: “las estupendas hazañas del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, las cuales antes de rebasar los nueve, ella tomó completamente en serio contagiada por la ilusión del buen caballero e identificada con su locura” (1989: 278-279). Igualmente merece recordarse que la autora menciona la historia de Francia como una de sus primeras lecturas; en este ensayo, el libro del *Quijote* se

---

<sup>6</sup> En 1904 se había presentado en el Congreso de los Diputados una proposición de ley para declarar el *Quijote* de lectura obligatoria en las escuelas primarias. Es posible que textos como el de García de Castro fueran tenidos en cuenta para tomar una última decisión.

encuentra en la estantería precisamente entre “una vieja historia de Francia y un tomo de versos donde están las églogas de Garcilaso”.

Pero cuando el lector se hace adulto, comprende que su universo fantástico no tiene cabida en el áspero mundo de la razón. A partir de ese punto ya no es posible mantener su identificación con el caballero:

al hacerse vieja la dulce unión de almas, de maravillada se ha vuelto melancólica, y cuando torna a leer el Quijote, quien antaño vibraba de entusiasmo, hoy se conmueve de tristeza. ¿Por qué? Porque ahora sabe ya que su héroe estaba loco; y si los poetas siguen diciéndole que “para los locos es el sendero”, la vida, la amarga vida le dice a gritos que siempre en el sendero se encuentra con los cuerdos el loco, y que los cuerdos tienen siempre en la mano la piedra que hiere, y la risa que insulta en la boca. (1905: 14)

Y el lector que fue niño, se duele de cada golpe que el hidalgo recibe, de cada desventura, y sobre todo del destino cruel que le impone su autor y por ello padece con la peculiarísima tristeza de esta historia. En el ensayo la autora pasa revista a la falta de compasión o mejor a la crueldad con que tratan los demás personajes a don Quijote, y más que ninguno, Sansón Carrasco, que persiste en su intención de sacarlo a golpes de su desvarío. Y esta trayectoria de crueldades no puede tener otro final que la muerte, lo que efectivamente determina Cervantes para su personaje: la inevitable muerte real del caballero, cuerdo después de haber vivido loco al llevar al límite sus fantasías: “Hay ciertamente para morir con solo despertar a la razón después de haber vivido la radiante y musical locura épica”.

La autora olvida momentáneamente a don Quijote para reflexionar sobre la licitud de despojar al hombre de su ilusión, como hace Cervantes con su personaje, porque a nadie corresponde desvelar el misterio del pensamiento humano. Para la escritora modernista misterio es sinónimo de poesía, y la poesía es madre, amiga y bálsamo del corazón humano:

Cada alma es un templo, porque allí donde existe un misterio él a sí propio se levanta un altar: pasemos sin quemar incienso, si es que nuestra razón no nos deja creer; pero nunca derribemos el ara, que tal vez sobre el ara está el espíritu y ¡ay del que peca contra el espíritu! (1905: 23)

Y aunque la frase con que el propio Cervantes comunica al lector la muerte del caballero: “Y así dio el espíritu, quiero decir, que se murió” le parece una “última y cruel carcajada, un supremo desdén del historiador al historiado” que confirma su implacable crueldad, María no llega a sentir rencor hacia el creador de don Quijote: “este es otro milagro de la maravillosa invención: no sé porque

magia o por cual sortilegio la persona de Cervantes se confunde para el que lee y se hace una con la de don Quijote” (1905: 26-27). Es precisamente la mirada maternal y compasiva de la autora, expresada en su prosa modernista lo que hace tan cálido su ensayo y lo que lo distingue de los demás textos contemporáneos dedicados a la obra de Cervantes.

### Entre los dos aniversarios

En 1911, la polémica y versátil Carmen de Burgos, Colombine, sin duda influenciada por su admiración a Leopardi, escribe una colección de diálogos, *La voz de los muertos*, un conjunto de textos filosóficos en los que la crítica a las instituciones y a las costumbres se entrecruza con la defensa del materialismo. En el titulado “*La Gloria*” —donde la referencia al Quijote es secundaria— se invoca al espíritu de Cervantes que se pronuncia desde una suerte de purgatorio en el que se ve obligado a permanecer, ya que el interés de las gentes por su vida y obra le impiden disfrutar de un ansiado descanso. Descanso que en este caso es interrumpido por un osado periodista, anónimo y contestatario con quien dialoga un Cervantes decepcionado y malhumorado.

Aunque conocedor de la estructura y costumbres de la nueva sociedad, Cervantes se interesa por algunos asuntos que ignora —como la noción de Estado o la jerarquía de la prensa—. Pero lo que más mortifica a Cervantes y desata su agitada locuacidad es la constante indagación y tergiversación que se hace de su persona y de su obra:

C. —¡Qué profanación! Todos en mi pusisteis vuestras manos. Ya ni yo mismo conozco eso que llamáis mi obra maestra... [...] He sentido el dolor de oír cómo discutíais la honra de los míos y mi propia virtud; que mejor hubiese sido no llegasen a vosotros mis méritos, si pretexto para tal desacato habían de ser. Que todos me conozcan ¿qué más me da si yo no los conozco a ellos? ¿Crees que puede hacer feliz a un muerto que todos los imbéciles sepan que ha existido? (1911: 98-99)

Tener gloria o despertar envidia no satisfacen en absoluto a un Cervantes de ultratumba que ha desterrado de sus pensamientos toda vanidad. La autora arremete así contra las ambiciones que más apremian al ser humano: poder, fama y riqueza. Pero no las desprecia por su carga de materialismo e individualismo sino por su definitiva inutilidad más allá de la muerte.

Desde su condición de muerto y conocedor de la suma verdad, el escritor explica el sentido de la vida. Un sentido impregnado de creencias espiritualistas finiseculares, y de ciencia, cuyas teorías sobre el tiempo y la materia confluyen y se confunden a veces con la filosofía y la religión. Estas creencias alternativas rehúyen los términos tradicionales y formulan otras soluciones para el más allá, como la reencarnación:

C. –...todas las opiniones del mundo no pueden hacer que lo que es deje de ser ni que sea lo que no es. Aquel papel en el cual puse mi pensamiento, vive de la vida que yo le di, que es su vida intrínseca, si quieres mejor, su alma. No valdrá más ni menos por el juicio que os merezca.

P. –Pero si no solo te lo interpretan, si te lo cambian, te lo trastornan, te lo desfiguran...

C. –No dejará de ser él. Seguirá existiendo disgregado, cambiado y trastornado. Su cambio de forma será solo la muerte inevitable de las cosas. Cree que lo deseo ardientemente, porque mientras mi obra vive, existe algo de mí y tengo prisa de descansar por completo.

P. –¿Cómo?

C. –Bajo la forma simplicísima de planta o piedra. No retardéis mi evolución con vuestra terquedad y dejad que se pierda pronto esta funesta facultad de mi memoria en la que reside mi tormento.

P. –¿Crees que lo espiritual cambia también?

C. –¡Lo espiritual! ¿Aún estáis con eso? Si mi materia hecha carne engendró pensamiento, hecha piedra engendrará fuerza. (1911: 102)

En la penúltima intervención del coloquio, Carmen de Burgos enuncia, por boca de Cervantes, una teoría sobre el tiempo relacionada con los últimos descubrimientos de la física: la relatividad absoluta, la igualdad de todas las cosas en la nada:

C. –El tiempo ni tiene pasado ni porvenir, ni se mueve ni transcurre. El tiempo es el fragmento más chico de la eternidad; siempre uno mismo, solo y único. Por ese pequeño espacio, inmóvil e inconmensurable, se deslizan lo que llamamos vidas y siglos. En la eternidad se iguala la duración de las cosas. No existe la comparación, y por lo tanto no puede haber nada grande ni pequeño, breve o largo. ¿Comprendes la importancia que unos y otros pueden tener? (1911: 108)

El análisis de este diálogo pone de manifiesto lo demoledor de los planteamientos de Carmen de Burgos, pues si tacha de vanidoso todo quehacer del hombre cuando persigue éxitos, ¿no tendría entonces sentido si lo hiciera, como Cervantes lo hizo, sobre unos principios morales exentos de los afanes actuales? Esta posibilidad se niega con la teoría final que descubrimos en el texto: ningún esfuerzo sirve para nada, está abocado a formar parte de la indefinición que afecta a materia e ideas tras el acabamiento de la vida.

La devoción de Matilde Ras, escritora y grafóloga,<sup>7</sup> por el Quijote —“[e]ra qui jotista cien por cien” (Martínez Villa, 1969)— la compartía con su familia que, desde principios del siglo xx, se honraba con la amistad del cervantista Francisco Rodríguez Marín con el que se cartearía hasta la muerte del erudito. La autora escribe dos ensayos sobre los personajes del Quijote para la revista *Estvdio* y entre ambos un diálogo cervantino.

En su primer ensayo, desde una óptica qui jotista, reclama para el hidalgo la calidad de poeta. Su vital y caudalosa poesía “circula por las hojas del libro como la savia por las hojas del árbol [...] y no podría encerrarse en la medida de unas líneas sonoras. Por eso, ni D. Lorenzo, ni los demás que componen y recitan versos en el Quijote, son los verdaderos poetas del libro” (1913: 204). Su admiración por el personaje le hace lamentar el trato al que le somete Cervantes:

Quisiera el lector vengar al héroe de los innumerables palos recibidos en defensa del ideal; vengarle de las burlas, de las crueles risas del mundo que él quería dejar limpio de malhechores; quisiera sobre todo, impedir a Sansón Carrasco aquella inicua venganza, derrota definitiva de D. Quijote; con ella apagó la luz de la linterna mágica y puso en huída [*sic.*] la bandada de pájaros, dejando vacíos los nidos de antaño.

[...] Y, el lector, que admiraba y amaba al héroe, cierra la épica novela con una gran nostalgia, porque el libro inmortal que tanto ha hecho reír a los hombres, es quizá el libro más melancólico de todos cuantos se han escrito. (1913: 205-206)

En su análisis del personaje cervantino añade al idealismo de don Quijote, otras virtudes diferenciadoras que escasean en los héroes convencionales: es virtuoso, desinteresado y sobrio. Adoptando una postura muy común en la época, Matilde es en extremo rigurosa con “el odioso Sansón Carrasco”, “el cuerdo bachiller [que] se convierte en el tipo antagónico y en el más odioso de la obra” y le parece una ironía “llamar caballero al bachiller”. Coincide en este punto, lo mismo que en su mirada compasiva y las acusaciones de crueldad hacia el autor del libro, con las reflexiones de María Lejárraga.

Interesante es también su clasificación de los personajes que pueblan la mente de don Quijote en novelescos, imaginarios y ausentes: “El loco genial sostiene eterno diálogo con las grandes sombras; los nombres admirados acuden a cada paso en sus discursos y conversaciones: los de la Tabla Redonda, Amadís el de la Ardiente espada, el caballero de Febo...” Pero, por si esa turbamulta legendaria y caballeresca no fuese suficiente, la imaginación de don Quijote crea otra pléyade de seres irreales, “dándoles *con maravillosa presteza* nombres y atributos, como en la batalla de los carneros, delineando sus siluetas con trazos

<sup>7</sup> Para más información sobre la biografía de esta escritora véase Fraga (2013).

fulgurantes” (1916: 179, énfasis en el original). Y, además de los personajes novelescos y fantásticos, hay una tercera serie en la fecundidad inagotable del libro: las personas reales y positivas, pero ausentes, entre las que se encuentra la primordial figura de Dulcinea, en tanto que imagen ideal que toma cuerpo en Aldonza, que es efectivamente la ausente, y la del propio historiador Cide Hamete:

Son personajes que llevan en la memoria y el corazón los que pueblan las páginas cervantescas, como sucede en la realidad. Agrupa la amistad, la conveniencia o el azar media docena de personas que conversan entre sí, con sinceridad y hasta con intimidad; forman un pequeño mundo de límites concretos y positivos, pero cada cual lleva consigo el mundo interior de su psicología en cuyo sagrado se delinean otras caras, otros aposentos y otros pasajes, que los demás desconocen o sólo conocen por sus referencias y este arcano guarda el tejido de sus lecturas, en algunos hartos consistente y coloreado. (1916: 197)

La autora reflexiona también sobre la minuciosidad de Cervantes en la descripción de la indumentaria de sus personajes, desde los suntuosos a los desastrados, y lo mucho que “gusta del disfraz y de las mascaradas”. Y la explicación que sugiere no es sólo estética: “El misterio fascinador del alma trasciende en mil inesperadas y fugitivas revelaciones [...] traspasando la carne, hasta las telas o las armaduras que la cubren”. Y es que a las criaturas humanas “nos descubre hasta lo que nos encubre”.

En el “Diálogo imaginario” recogido en el volumen recopilatorio *Cuentos de la Guerra* (Ras, 1915) se miden en estilo directo dos personajes del *Quijote*, el Caballero del Verde Gabán y el Ventero que “salen” de las páginas del Gran Libro para adentrarse en la vida real. Esta incursión terrenal tiene lugar un año después del comienzo de la Primera Guerra Mundial, cuando ya Francia había perdido tres importantes batallas.

La autora elige dos personajes que no llegan a encontrarse en el libro, aunque conviven en la vida libresca formando una pareja cuyo contraste evoca a la formada por don Quijote y Sancho. Si bien don Diego Miranda no comparte con don Quijote su código de valores, ambos pertenecen a la misma generación y clase social, mientras que el tosco Ventero le da la réplica con similar desenvoltura a la de Sancho.

Don Diego opina que cada tiempo tiene sus “cosas grandes y altas por hacer y por cantar”, como ahora la gran guerra, de la que tienen noticias “mínimas y puntuales por estas hojas de papel impreso tan dilatadas como baratas”. El Ventero afirma que la lectura de la prensa le regocija todavía más que la de los libros de caballerías: “Estas de ahora sí que son caballerías positivas, verdaderas y palpables y no aquellas mentirosas y desatinadas de los Amadises, Belianises y Esplandianes! ¡Por estas palestras sí que pudiera y debiera perder el juicio aquel

caballero que alojó en mi venta y horadó mis cueros, don Quijote, digo!” (1915: 110)

El carácter conservador de don Diego le impide tomar partido por ningún contendiente: “Españoles somos, en nuestras viñas estamos; si los demás pelean o no, allá se las hayan y con su pan se lo coman; que nos dejen a los caballeros católicos y pacíficos con nuestra abundancia, nuestras comodidades, nuestro perdigón manso y nuestro hurón atrevido...”<sup>8</sup> No así el Ventero que se muestra partidario de los alemanes “¡Buenos parroquianos de venteros!”. El Caballero le reprocha su entusiasmo y cree que no va “en zaga a la locura” del hidalgo. Pero su interlocutor tiene muy clara la diferencia entre estar a su favor y “echar mano a la espada por defenderlos, o dar un maravedí de mi bolsa”. Por otra parte, opina que don Quijote “se hubiera puesto de parte de los aliados, basta que fueran los atropellados y ofendidos”. Y dando pruebas de su ruindad afirma: “por eso voy yo con los otros, porque ya en mi siglo me acaecía holgarme siempre de ver el desnudo y bizarría conque a lo mejor arremetía un hombre con un fiero garrote a su contrario en viéndole dormido o distraído, o sin armas” (1915: 112).

Con todo, don Diego se dispone a volver a su aldea donde lo más que puede hacer es rezar “porque Dios toque el corazón a esos enemigos de uno y otro bando para que vengan presto a la paz [...] Y mi hijo de seguro les dedicará algún soneto [...] con lo cual habremos cumplido, él como poeta y yo como cristiano”. Y al referirse a su oponente le aconseja esperar acontecimientos, pues es muy posible que se engañe y los aliados resulten vencedores. Tampoco esto le supone un problema al Ventero que razona: “¡Cuerpo de mi padre! ¿pues hay más, si los aliados vencieran, que ponerse entonces de parte de ellos?”. A lo que don Luis no le queda más que concluir que el Ventero se conduce como lo que es, un villano, y puesto que no todos los hombres pueden ser caballeros, se congratula de comprobar que en el reparto de valores a él le haya correspondido la nobleza y al Ventero, la villanía.

## 1916. Tercer aniversario de la muerte de Cervantes

En 1916, la escritora Concha Espina da a conocer su ensayo “Al amor de las estrellas: (mujeres del Quijote)”, escrito a sugerencia del cervantista Rodríguez Marín, a quien se lo ofrece en una ampulosa dedicatoria. Concha Espina, auténtica rareza en el panorama cultural español del momento, con su estilo solemne y

---

<sup>8</sup> La autora somete a la lengua a una eficaz arcaización artística. Además, la identificación de los personajes va más allá de la utilización de sus nombres: el Caballero del Verde Gabán utiliza expresiones tomadas literalmente de su personaje: “...perdigón manso [...] hurón atrevido...” (Cervantes, 2004, II, XVI: 664) y llama al hijo por su nombre. El Ventero, aficionado a los libros de caballerías, refiere que en su venta durante el tiempo de la siega algún segador suele leerlos en alto y él mismo los escucha junto con los demás labriegos (Cervantes, 2004, I, XXXII: 321), gusta de ver cómo se golpean los contendientes en una buena pelea.

sus recios valores tradicionales, había logrado hacerse un hueco entre el apretado núcleo de varones que conformaban la élite intelectual. En la dedicatoria del libro se revela consciente de que su condición de mujer —“única novedad que, acaso, brinde este libro a sus lectores”— no es habitual en el campo del ensayo en el que se aventura y, modestamente, confiesa que es posible que su obra solo sirva de “lectura en las escuelas”, en lo que podría entenderse como un refinado proceder para justificar su presencia en el panorama del ensayo cervantino.

La ambición literaria de la autora se hace evidente en numerosos fragmentos de su ensayo, donde ya en la propia dedicatoria declara: “Juzgue usted, pues, mis inquietudes al acercarme a la sagrada fuente cervantina y evocar las imágenes que flotan en su clarísimo raudal”. El paisaje manchego es interpretado en términos metafísicos, de forma que llega a establecer entre la tierra y el hombre una relación identitaria, ejercicio, por otra parte, común en el pensamiento europeo de la época, fértil en estudios e investigaciones de carácter nacionalista. Por último, los once retratos que componen el cuerpo de su libro no pueden tomarse sino como una reescritura de los fragmentos de los capítulos en los que cada mujer campea.

El estilo modernista, de elaborada prosa, la idealizante visión cristiana, y las constantes reflexiones sobre la novela desdibujan levemente el tema de la mujer, aunque la autora extrae y resalta de los personajes femeninos sus actitudes más encomiables, y con el derroche verbal de su estilo descriptivo, las torna más visibles, más protagonistas. Así, la mujer aparece revolucionaria en el capítulo dedicado a la pastora Marcela, luchadora en los de Dorotea, Luscinda o Ana Félix, política y artista en el de la de la Duquesa, o fuerte y capaz en los retratos de la esposa y la hija de Sancho Panza o del Ama y la Sobrina de Don Quijote, siempre inteligentes, discretas, y definidas todas ellas por una casta transmisora de valores cristianos. Hay también una crítica de la mujer de su tiempo a la que acusa de acomodada y pusilánime en comparación con la de épocas pasadas —“harto más libres, por otra parte, desenfadadas y varoniles que las de ahora”—, ejemplares por hallarse “conforme a un medio social, heroico todavía y juvenil, rebelde en su fuero interior al ruín positivismo, a los torpes encasillados de nuestros días...”. En los elogios a los personajes femeninos de la novela de Cervantes se aguija a la conciencia de la mujer moderna para estimular su fuerza y reprobador su pasividad.

Pero más que insistir en el modo en el que Espina afronta las “ginecografías” del *Quijote*, que ya han sido analizadas por la crítica desde muy pronto y aun en la actualidad,<sup>9</sup> interesa detenerse en la interpretación romántico-cristiana de la obra.

---

<sup>9</sup> Véanse, por ejemplo, Cameron (1926), Castro (1953), Vollendorf (2005) y Navas Ocaña (2006).

El prólogo del ensayo es una alabanza al genio del escritor, a su compasiva humanidad y a su labor redentora, alta misión que consume a través de la novela. La dicotomía infortunio-piedad (con sus variantes adversidad-ternura, angustia-dulzura, dolor-misericordia...), que recorre la biografía de Miguel de Cervantes, está presente en don Quijote, que encarna un ideal capaz de sobreponerse a las amargas realidades de la vida. Y esa misma dicotomía se “extrema y afina” al pintar los retratos de las mujeres, unificados por la mirada indulgente del autor. Son sus sentimientos generosos los que restablecen, según Espina, los antiguos ideales, cuya falta había relegado a la mujer a un papel decorativo. Fue en la época remota de “los siglos de hierro del Cristianismo” cuando el ser humano gozaba de toda su dignidad; hombres como Cervantes han salvaguardado y transmitido aquella gran estima que se expresa en la fe inquebrantable de don Quijote, símbolo de la “cristiana hidalguía de los espíritus superiores”. Para Concha Espina, la venerable calidad moral del escritor, en su perfecta novela, es capaz de restaurar la dignidad y la justicia humana. Naturalmente también la mujer se ve resarcida y recupera su verdadera dimensión con claroscuros, la que aúna carne y espíritu; es Aldonza pero es también Dulcinea:

Restablecido de esta suerte el concepto sano y razonable de la mujer, en el justo medio donde coinciden la realidad y la fantasía, Aldonza y Dulcinea, supo Cervantes encarecer las virtudes de idealidad y hermosura, de corazón, de entendimiento y voluntad de que son capaces las mujeres aún en las condiciones más ínfimas, vulgares y prosaicas, sin encubrir tampoco sus extravíos y defectos, conforme a la impureza y complejidad de la vida, en la cual se mezclan y confunden la luz y la sombra, el barro y el espíritu. (1916: 20-21)

Y a diferencia de las ensayistas Lejárraga y Ras que reprochan a Cervantes la crueldad con su personaje, Espina le disculpa: “La compasión y la dulzura brotan a raudales de esta burla sin hiel”. En este ensayo, por su afinidad con el autor del *Quijote*, puede considerarse la más cervantista de las ensayistas aquí estudiadas, punto de vista compartido con la mayoría de los escritores de su generación, entre los que se encuentra su mentor en esta tarea.

Tras asegurar que ningún personaje femenino alcanza en la novela la altura literaria de los masculinos, el prólogo termina con unas curiosas apreciaciones sobre los modelos de mujer que Cervantes debió tener a su alcance, y que le permiten extraer la siguiente conclusión: “A juzgar por la vida azarosa y humilde que arrastró siempre, más Aldonzas que Dulcineas debió de hallar en su camino”, pero en su depuración de la realidad Cervantes supo “extraer de los modelos vivos, por vulgares que fueran, los rasgos perennes, las prendas seguras de la inmortalidad”. El libro se cierra con la mención a la presencia femenina en el final de la obra:

Se esconden en las hojas finales, tan modestas y sencillas como aparecieron en las primeras páginas del libro... pero en el amplio y religioso acorde con el que el estro cervantino cierra su inmarcesible creación, esas dos hembras tan vulgares se bañan de súbito, en transparente luz: al cerrar los ojos del sublime hidalgo entran con él, como imágenes de lo eterno femenino, en la inmortalidad de su gloria. (1916: 199)

El 19 de diciembre de 1916, Concha Espina pronunciaba en la Sala Mozart la conferencia “Don Quijote en Barcelona” ante la Junta de Damas de Barcelona,<sup>10</sup> inspirada en la llegada de los personajes de Cervantes a Cataluña. En este texto de incontenible efusividad patriótica, la literatura y la política se mezclan en un llamamiento a la concordia entre catalanes y castellanos, como garantes ambos de la protección y defensa del estado español. Una apelación a la unión de “las Españas”, pluralidad histórica que, como se deduce de las palabras de Espina, vehemente en su exhortación a la unidad, tiene en estas fechas necesidad de ser reforzada. Hacia el final del discurso proclama:

Ya nuestras vivas ansias españolas sólo esperan para unirse en un abrazo sin fin, que las refuerce, las incorpore y sustancie ese fundente del amor mezclado al conocimiento, esa ternura moral que borra exclusivismos, celos, resquemores y asperezas; que hace de lo tuyo y lo mío una sola cosa dentro del corazón. (2005: 237)

El principal argumento que utiliza Concha Espina para consolidar la fecunda unión entre catalanes y castellanos se lo propicia la tierra, la geografía. Las montañas y los ríos se unen en amorosos abrazos, y en esta unión se invita a entrar al hombre, potenciando con su carnalidad una conjunción de elementos de significaciones cósmicas que la autora celebra con tan emocionadas palabras que el misticismo sensual, inequívoco de la tradición poético-religiosa española y tan característico de Espina, se adueña de las razones políticas, por lo común expresadas de manera más áspera o menos fervorosa, dando al escrito un marcado carácter literario de esencia novecentista.

---

10 La Junta de Damas de Barcelona —adscrita a la Sociedad Económica de Amigos del País (Sauri y Matas, 1849: 162)— organizó en diciembre un notable ciclo de conferencias (de carácter benéfico), las dos primeras pronunciadas en lengua catalana: “Cultura de llenguatge”, impartida por el poeta y ensayista mallorquín Joan Alcover y “D’espiritualitat femenina”, por Jaume Bofill i Mates, considerada como el manifiesto novecentista de la feminidad. El discurso de Espina, que no parece encajar en el conjunto del ciclo, y del que no han podido encontrarse ecos específicos de su recepción (aunque sí del éxito obtenido por el ciclo), fue recogido en la barcelonesa La revista quincenal (10 de enero de 1917) y en forma de cuadernillo por la propia Junta de Damas.

El texto se inicia con un panegírico al río Ebro, río que se vierte a su muerte en el Mediterráneo fundiendo con él la sangre y la tierra que acarrea. España, personificada como una gran madre que acoge y alimenta a sus hijos —“la madre Iberia” la llamará más adelante—, guarda entre su carne esta gran arteria que la atraviesa uniendo Castilla con Cataluña y a este cauce la escritora se entrega para llegar a su destino, la Ciudad Condal. Su entrega pretende ser física además de espiritual; las referencias a la sangre confieren un carácter sacrificial a sus intenciones:

Era igual que si mi vida se derramara fervorosa en aquellas corrientes para ungir las tierras de Castilla y Aragón y llegar a Cataluña en un raudal que tuviese las virtudes fecundas de la sangre, el murmullo amoroso de las lágrimas, el eco pío de las oraciones y el sublime clamor de un himno fraternal. (1916: 223)

Don Quijote sale al paso de la viajera en su itinerario, una aparición sorprendente de la que lejos de extraer posibilidades narrativas, le permite el elogio moral al personaje, que recordado en el periodo de la cruel guerra que desangra a Europa ha de servir de ejemplo de fraternidad y entendimiento entre naciones y pueblos:

Es el hombre justo de todos los tiempos y todos los caminos; pero viene a vosotros, los catalanes, con una especial solicitud, cargado de virtudes y pasiones que, si convienen en conjunto a la humanidad, son, por excelencia, patrimonio del espíritu español, y merecieron personificarse en Don Quijote bajo el dominio soberano de un alma española a quien hicieron universal la divina gota del ingenio y la humana semilla del dolor. (2005: 225)

El paso de Don Quijote por Cataluña y la admiración que le provoca, facilita los argumentos para el entendimiento entre los pueblos que Concha Espina predica:

Os habla el inmortal viajero con el alma abierta y desnuda, en el idioma privilegiado y caudaloso que rompió las tinieblas de otros mares, empujó en la sombra los horizontes y alumbró un mundo nuevo, veinte naciones modernas donde el arte, la poesía y el amor, universales caminos de la vida, tendrán siempre un acento castellano. (2005: 232)

La escritora sugiere que Cervantes ofrece el tesoro de su lengua a un pueblo que tiene en la suya importantes conquistas y justifica su alabanza a la lengua castellana “porque conoce la devoción que consagráis a la vuestra, íntima y maternal”. En catalán se expresó Ramon Llull —castellanizado aquí como

Raimundo Lulio—, un genio de la altura de Cervantes, garante de virtudes e ideales equiparables a los suyos.

La paz y fraternidad que la autora defiende están estrechamente ligadas al cristianismo, que serían también los afanes de Cervantes o de Lull; la llamada a la conciliación se fundamenta en los principios básicos del bien cristiano:

Evoqué antes, y no sin razón, los trágicos vendavales que hoy sacuden las entrañas del mundo detrás de nuestras fronteras. Porque esa terrible conmoción histórica, prueba, con harta pesadumbre, a los pueblos que por ventura no se dejaron arrastrar de tan ardiente sugestión, la necesidad imperiosa de concentrar las energías, unir los corazones ante los riesgos futuros, estrechar los vínculos nacionales, defender los intereses propios... (Espina, 2005: 235)

Aunque Concha Espina se refiera varias veces a la Primera Guerra Mundial no aborda en el texto su problemática real, ni toma posicionamiento germanófilo o aliadófilo, como sí lo hace Ras por boca del Caballero del Verde Gabán en su “Diálogo imaginario”. Para Espina la guerra sirve como argumento en su discurso, es el desastre al que se pueden ver abocados los españoles por falta de entendimiento. La autora observa en el *Quijote* cualidades visionarias sobre el destino de la patria que no se han de olvidar. Y por eso “resucita” al personaje, recreando el encuentro del hidalgo castellano con la tierra catalana y con el mar Mediterráneo.

## El círculo se cierra

No podía faltar en el propio año 1916, la opinión publicada de nuestras pioneras: Blanca de los Ríos, pronuncia el día 1 de abril una conferencia en el Ateneo de Sevilla, “Sevilla, cuna del Quijote” donde, con un discurso decimonónico y retórico se trata de vincular a don Quijote y a su autor —“semidiós estético que culmina por sobre las crestas milenarias, en la cumbre fulmínea de las creaciones de arte”— al solar andaluz (de los Ríos, 1916a: 6)<sup>11</sup>. Y el mes siguiente —el 17 de mayo— lee en el Ateneo científico de Madrid su célebre discurso “Los grandes mitos de la edad moderna: Don Quijote, Don Juan, Segismundo, Hamlet, Fausto” (de los Ríos, 1916b), manifestando su temprana percepción de las dimensiones míticas del personaje cervantino en su doble calidad de hombre y de símbolo.

Más tarde, en “Cervantes y los Estados Unidos del espíritu” (1918) de los Ríos abogaría por la celebración del centenario de la muerte de Cervantes cuando llegase la paz. Y nada mejor para conmemorarla que “la reunión de un congreso

---

<sup>11</sup> Dos extensos fragmentos de este discurso se encuentran recogidos en *Bética*, marzo-abril de 1916.

de hispanistas y la de una magna asamblea de la lengua española”, junto con la creación de un gran centro de estudios hispanoamericanos en Sevilla, ya que esa ciudad custodia el archivo histórico de dos mundos.

A su vez, Emilia Pardo Bazán dicta una larga conferencia —“Lugar del *Quijote* entre las obras capitales del género humano” (dividida en dos partes que pronuncia en febrero y marzo de 1916)<sup>12</sup>— para inaugurar el ciclo que se dedica en el Ateneo madrileño a conmemorar la muerte de Cervantes. Haciendo gala de su erudición, se remonta a la literatura sánscrita para resaltar el carácter redentor y asceta que adquieren algunas de sus divinidades al tomar el protagonismo en forma humana y con propósitos redentores, acercándolas a la figura de don Quijote. En su largo recorrido, y siguiendo esa línea conductora, selecciona lo que aproxima o separa al hidalgo de los grandes personajes “literarios”: Prometeo, Job, Dante, Amadís de Gaula, Parsifal, Tristán, Hamlet y Segismundo. Las manifestaciones de la voluntad, evidenciadas tanto en el ánimo volcado a la acción de Amadís o Segismundo, como en la renunciación y el estoicismo en Job, o su falta —la abulia de Hamlet—, actúan como el hilo conductor del que se vale la autora para realizar este notable ejercicio comparativo. Concluye resaltando de “la más europea de las novelas” su originalidad, su forma —“que afortunadamente no es impecable”—, la fuerza y consistencia de sus personajes, su intenso simbolismo y la identificación con el alma patria, “dentro de una amplitud que da cabida a los ideales universales”.

## Conclusiones

No fueron pocas las mujeres que hicieron oír su voz en torno a los centenarios cervantinos de principios del siglo XX. Muchas de ellas, se dieron a conocer a través de la literatura y solo después de alcanzar una cierta popularidad se iniciaron en el ensayo. Blanca de los Ríos pronto se destaca como ensayista y erudita, dedicándose, sobre todo al estudio de los autores del siglo de oro pero también al de personajes literarios. Sin abandonar la literatura, Pardo Bazán, Lejárraga, Carmen de Burgos y Ras escribieron numerosos ensayos de distinto calado y extensión: desde artículos periodísticos de opinión hasta trabajos de mayor extensión, fuesen o no de carácter crítico.

El ambiente extrainstitucional en que se desarrollaron varias de estas mujeres y la edad de las mayores —de Burgos, Carbonell, Espina, Pardo Bazán y de los Ríos— explica su lectura romántica y subjetiva del *Quijote*, lo mismo que el

---

<sup>12</sup> Recogida más tarde en *El Imparcial* el 25 de febrero: 3 y el 9 de marzo: 3 y 4 de 1916. Según indica Patiño Eirín (2000: 1221), la autora publica este mismo año en *La Nación* de Buenos Aires dos artículos (4 de febrero y 10 de junio) en los que disiente de las corrientes cervantistas empeñadas tanto en desentrañar detalles biográficos del autor del *Quijote* innecesarios para su entendimiento, como en identificar a la persona que se oculta tras del seudónimo de Avellaneda.

talante decimonónico de sus escritos. Como la mayoría de los escritores de su generación, eran sobre todo cervantistas —por más que Pardo Bazán no participara de las posiciones más integristas—. Las más jóvenes, Ras y Lejárraga no dudan en reivindicar la figura del héroe reprochando la crueldad de Cervantes con su personaje. Ambas se unen al rechazo de la “injustificable” actuación de Sansón Carrasco, al que culpan de despojar al héroe de su noble idealismo.

Un parte importante de estos ensayos centran su atención en el estudio de los personajes del *Quijote*, sobre todo de las mujeres. De nuevo se desmarcan Lejárraga y Ras que realizan una indagación más general. Encabezando este segundo grupo, donde las ensayistas se valen de Cervantes o de su obra para reflexionar sobre otras materias, como el periodismo —lo que denota la enorme importancia de la prensa como fuente de información pero también como refugio alternativo para los literatos, sobre todo para las mujeres—, la política y ya los últimos años, la Primera Guerra Mundial, destaca el diálogo de Carmen de Burgos, donde la periodista convoca a un Cervantes difunto para hacerlo portavoz de sus teorías materialistas.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bonilla y San Martín, Adolfo et al. (1905), *El Ateneo de Madrid en el III Centenario de la publicación de El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Imp. Bernardo Rodríguez.
- Burgos, Carmen de (1905), “Discurso leído por doña Carmen de Burgos Seguí en las fiestas del Centenario”, *Unión Ibero-Americana*, 16 de junio: 62.
- (1911), “La Gloria”, *La voz de los muertos*, Valencia, F. Sempere y Compañía: 88-111.
- Cameron, Edith (1926), “Woman in Don Quijote”, *Hispania*, 9: 137-157.
- Carbonell, María (1905), *Las mujeres del Quijote*, Valencia, Imprenta de Doménech y Taroncher.
- Castro, Carmen (1953), “Las mujeres del *Quijote*. Personajes femeninos de Cervantes”, *Anales Cervantinos*, 3: 45-85.
- Cervantes, Miguel de (2004), *Don Quijote de la Mancha*, edición del IV Centenario, Madrid, Alfaguara.
- Ciallella, Louise (2007), *Quixotic Modernists: Reading Gender in Tristana, Trigo, and Martínez Sierra*, Lewisburg, Bucknell University Press.
- Chaparro, M<sup>a</sup> Ángeles (2011), *La construcción social de la cultura: El Quijote como icono cultural a través de las representaciones mediáticas de las celebraciones del III y IV Centenario*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid. [tesis doctoral] <eprints.ucm.es/13784/1/T33158.pdf>
- Espina, Concha (1916), *Al amor de las estrellas (Mujeres del Quijote)*, Madrid, Renacimiento. <<https://archive.org/details/alamordelasestre00espiuoft>>

- (2005), *Mujeres del Quijote, seguido de "Don Quijote en Barcelona"*, Madrid, Trifaldi. [1916]
- Flores Arroyuelo, Francisco J. (2006), *Tercer Centenario del Quijote*, Murcia, Nausicaa.
- Fraga, María Jesús (2013), "Ante la escritura. Un retrato de la polígrafa Matilde Ras", *Clarín*, 105: 46-56.
- García de Castro, Carmen (1906), *El Quijote en la escuela*, Écija, Imprenta Reyes.
- Johnson, Roberta (2003), *Gender and Nation in the Spanish Modernist Novel*, Nashville, Vanderbilt University Press.
- Madrigal, José Luis (2009), "Tirso, Lope y el Quijote de Avellaneda", *Lemir*, 13: 191-250.
- Martínez Sierra, María (1989), *Una mujer por caminos de España*, Madrid, Castilla.
- Martínez Sierra, Gregorio (1905), *La tristeza del Quijote*, Madrid, L. Williams.
- Martínez Villa, Luis (1969), "'Vieille tilde', Matilde Ras", *ABC*, 10 de mayo. <<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1969/05/10/031.html>>
- Navas Ocaña, María Isabel (2006), "¿Y si don Quijote, Sancho y hasta el mismísimo Cervantes fueran mujeres?", *Desde Andalucía: mujeres del Mediterráneo*, Mercedes Arriaga Flórez, Jesús Angel Baca Martín, Clara Ángela Castaño Díaz y María Montoya (coords.), Sevilla, Arcibel: 337-353.
- Palau y Marsá, F. (1902), *Una nueva conjetura sobre el Quijote*, Barcelona.
- Pardo Bazán, Emilia (1883), *La cuestión palpitante*, Madrid, Imprenta Central. <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000092307&page=1>>
- (1905a), "La ilustración artística", 22 de mayo: 330.
- (1905b), "Cervantes, periodista a la moderna", *El centenario del Quijote en Galicia*, La Coruña, Liga de Amigos de La Coruña. <[http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-centenario-del-quiote-en-galicia--0/html/0026afd2-82b2-11df-acc7-002185ce6064\\_2.html](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-centenario-del-quiote-en-galicia--0/html/0026afd2-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html)>
- (1916), "Lugar del Quijote entre las obras capitales del género humano", *El Imparcial*, 25 de febrero y 9 de marzo.
- Patiño Eirín, Cristina (2001), "Cervantes en la obra de Pardo Bazán", *Volver a Cervantes, Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Antonio Bernat Vistarini (ed.), Palma, Universitat de les Illes Balears, Servei de Publicacions i Intercanvi Científic: 1219-1228.
- Ras, Matilde (1913), "Los personajes del Quijote", *Estvdio*, 2: 203-216.
- (1915), "Diálogo imaginario", *Cuentos de la Guerra*, Barcelona, Casa Editorial Estudio: 109-115.
- (1916), "Figuras del Quijote. Los personajes imaginarios, los novelescos y los ausentes", *Estvdio*, 41: 195-197.

- Ríos, Blanca de los (1897), “Algunas observaciones sobre El Quijote de Avellaneda”, *La España moderna*, 101: 37-89; 107: 84-145.
- (1898), “Algunas observaciones sobre El Quijote de Avellaneda”, *La España moderna*, 112: 103-104.
- (1916a), *Sevilla, cuna del Quijote*, Sevilla, Arévalo.
- (1916b), *Los grandes mitos de la Edad Moderna. Don Quijote-Don Juan Segismundo-Hamlet-Fausto*, Madrid, Oficinas del Centro de Cultura Hispanoamericana.
- (1918), “Cervantes y los Estados Unidos del espíritu”, *Cervantes*, junio: 45-53.
- Sáiz Otero, Concepción (1905), “Libros de caballerías”, *La escuela moderna*, mayo: 342-348.
- Saurí, Manuel y Matas, José (1849), *Guía general de Barcelona. Manual histórico topográfico*, Barcelona, Manuel Saurí.
- Sawa, Miguel y Pablo Becerra (1905), *Crónica del Centenario del Quijote*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Antonio Marzo.
- Storm, Eric (1998), “El tercer centenario del Don Quijote en 1905 y el nacionalismo español”, *Hispania*, 63, 2: 625-655.
- Vázquez Fernández, Luis (2001), “Tirso de Molina, probable autor del Quijote de Avellaneda”, *Actas del V Congreso Internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, Christoph Strosetzki (coord.), Madrid, Iberoamericana: 1296-1305.
- Vollendorf, Lisa (2005), “Cervantes and His Women Readers”, *Romance Quarterly*, 52: 312-327.

